

**SAN ENRIQUE
DE OSSO**

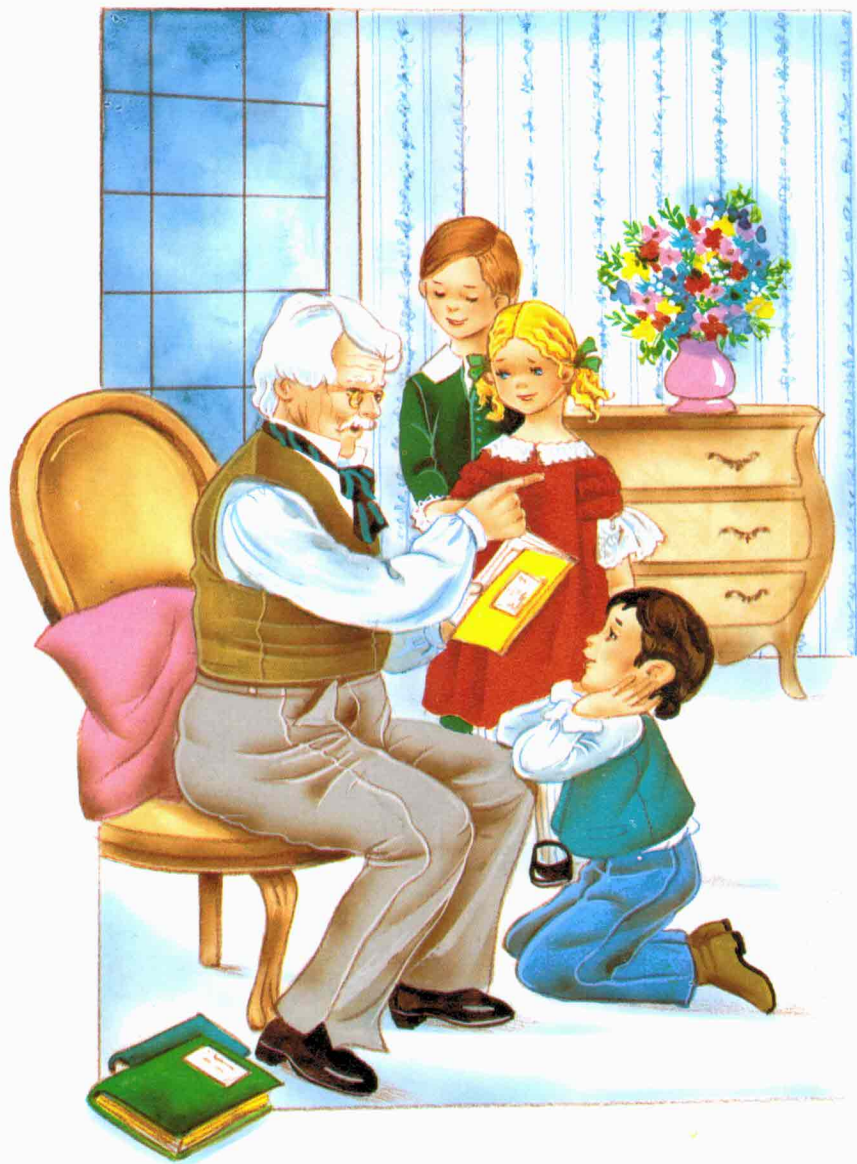


SAN ENRIQUE DE OSSO

Rafael López-Melus, carmelita

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44
41003 Sevilla



«Mis caminos no son vuestros caminos»

Eso lo dijo el Señor y nos lo ha transmitido el profeta Isaías (55, 8-9). En castizo castellano solemos traducirlo así: «El hombre propone y Dios dispone».

D. Jaime tenía hechos sus planes sobre su hijo Enrique: Eran el comercio, los negocios. Su madre, aunque en aquel entonces pesaban poco los pareceres de las madres, era el sacerdocio, se veía ya a su hijo subiendo las gradas del altar y predicando la palabra de Dios...

Nuestro jovencito Enrique estaba prendado de su maestro D. Francisco, de su bondad, de sus cualidades, de su pedagogía y un día le dijo a su madre: —«Mare, jo vull ser mestre».

Yo creo que los tres acertaron: Será un buen comerciante de las «cosas» del Señor. Será un santo y piadoso sacerdote y será también un excelente maestro y formador de maestros...

Su padre para salir con la suya se sintió gozoso cuando un día su hermano Juan, que poseía una tienda en el pueblecito aragonés de Quinto de Ebro le pidió que, como él no tenía hijos le dejara llevarse consigo a su sobrino Enrique a quien veía muy despejado para ver si le iba aquel negocio de la tienda... No le probaron aquellos aires y a punto estuvo de marcharse al otro mundo aunque la Virgen del Pilar, a quien se le pidió la curación, lo libro por entonces. Como premio fue llevado a visitarla en su Santuario de Zaragoza.

Una vez repuesto, su padre seguía con su idea de sacar de su hijo Enrique un perfecto hombre de negocios y lo envió a la populosa ciudad de Reus como dependiente de un importante comercio. Su hijo le dijo: —«Padre, ya le he dicho que quiero ser maestro, que a mí esto del comercio no me va».

Pero, como siempre, obedeció. Fue un año muy importante para su vida. Durante estos años conoció las obras de Santa Teresa.



Una familia cristiana

El 16 de junio de 1993, al canonizar en Madrid el papa Juan Pablo II a SAN ENRIQUE DE OSSÓ Y CERVELLÓ, ante más de un millón de personas, decía: «el futuro de la humanidad se fragua en la familia».

Sus padres, Jaime Ossó y Micaela Cervelló Jové, vivían en un pueblecito de Tarragona, Vinebre. Aquí nació nuestro protagonista, el 15 ó 16 de octubre de 1840.

El abuelo paterno —Antonio—, marcó con su piedad y honradez a nuestro Enrique. Jamás olvidará aquel fervoroso rosario en familia que dirigía cada día y aquellas bonitas historias sagradas que le contaba.

También su buen maestro, Francisco Freixas, influyó grandemente en su corazón y actitudes de niño. Era un buen pedagogo a quien Enrique de mayor tratará de imitar.

Pero sobre todo influyeron en su vida de niño, y ya para siempre, sus buenos y cristianos padres. Eran muy diferentes, pero se complementaban: D. Jaime era bueno, honrado y trabajador, pero bastante autoritario, cabezoncillo y amigo y entendido de negocios, como buen catalán. Su madre, Micaela, era de esas buenas mujeres que ven, oyen y... callan. Los tiempos hoy han cambiado. En aquellos tiempos esto era bastante común.

Al pequeño Enrique le precedían dos hermanitos más: Jaime y Dolores. Con ellos haría muy buenas migas.

En su hogar se respiraba piedad, serenidad, alegría y paz. Era de una familia de condición media.

Sus padres clavaban en él sus ojos y lo veían ya como un hombrecito pensando en un mañana halagador: La madre se lo veía convertido en un «mosén». Cada día le pedía al Señor y a la Virgen María esta gracia para su hijo pues lo veía adornado de las cualidades necesarias para ser un buen sacerdote. Su padre, en cambio, lo veía ya hecho un buen comerciante y llevando adelante una gran empresa.



El criado de la Virgen

El cólera de 1854 —año de la proclamación del dogma de la Inmaculada por el papa Pío IX— segó muchas vidas. Entre ellas la de Micaela, la buena y amada madre de Enrique. Se querían mucho los dos. Era muy santa. La lloró mucho y al morir dijo a los que le acompañaban:

—«Mirad a mi madre, que sube al cielo».

Momentos antes de expirar le había insistido:

—«Enrique, hijo mío. ¿Por qué no quieres ser sacerdote? ¡Me darías tanto gozo!».

Tenía catorce años. Otro rasgo más que le identifica con la santa de sus amores, Santa Teresa. Él mismo dirá después que «aquella muerte que podía parecer una desgracia, fue precisamente, la que me trajo la alegría y la suerte, porque desde aquel momento me vino el deseo de ser sacerdote, recordando el consejo de mi buena madre».

Le daba vueltas a la cabeza cómo hacerlo y puso el asunto en las manos de la Virgen de Montserrat. Sin pensarlo más dejó algunas cartas escritas, se vistió de peregrino, tomó unos cuantos libros y... se puso en camino hacia la montaña de la Moreneta. Decía a su padre en aquella notita: «..padre, la gloria y el servicio de Dios me lo piden... encomendarme a Dios para que me mantenga fiel en su santo servicio, según es mi deseo. No lloréis ni me busquéis, ni os entristezcáis...».

El viaje fue duro. Varias jornadas: Frío, hambre... Llegó al monasterio. Él mismo, lo contaría después: «Llegué a Montserrat, hice confesión general y pedí ser admitido como *criado de la Virgen*. Me admitieron y pasé dos o tres días...».

¿Que pretendía él y qué entendieron los buenos benedictinos con aquello de ser «criado de la Virgen»?

Su padre, todo enfurecido, envió a su hijo mayor, Jaime, a buscarlo. Volvió a casa y marchó al seminario de Tortosa para cursar los estudios eclesiásticos.



«Seré siempre de Jesús»

Nuestro Enrique fue desde niño un hombrecillo. Tenía una marcada personalidad. La había heredado de la piedad de su abuelo Antonio, de la responsabilidad de su padre don Jaime y del amor y entrega al sacerdocio de su santa madre, Doña Micaela.

Vale la pena recordar aquí los ejercicios espirituales que hizo poco antes de ordenarse sacerdote con el obispo D. Benito Villamitjana que tanto influyeron a lo largo de toda su vida: «En el servicio de Dios seré, con su gracia: attente, devote, confidenter, alacrites, ferventer». Como si hubiera querido decir: *Atento*, a los detalles. *Devoto*, a la voluntad de Dios. *Confiado*, a pesar de todo. *Ardiente*, con el celo por Jesús, María y las almas. *Fervoroso*, en el servicio de Dios.

Pero antes de vivir esta entrega, y otras que a lo largo de toda su vida marcarán hitos en su caminar hacia Dios, había vivido una trascendental que es la que marcó para siempre todo su porvenir. Fue la ya mencionada que vivió a sus catorce años en Montserrat, ante la Virgen. Ya mayor lo recordará con detalles y escribirá de aquella «entrega TOTAL»: «El recuerdo de la Madre del cielo despertó en mí el de la madre de la tierra, sus ruegos, sus consejos santos, sus buenos ejemplos... Hallé mi vocación. Vos me guiasteis, sin que yo recordé cómo. Estrella de los mares, estrella de la mañana, brillasteis a mis ojos, seguí su luz, y al mostrarme a Jesús, fruto bendito de vuestro vientre, dije: —«Seré siempre de Jesús, su ministro, su apóstol, su misionero de paz y amor».

Ésta fue la primera entrega, la más total a pesar de haberla hecho en su adolescencia pero que el joven Enrique era ya todo un hombre. Fue siempre fiel a ella y cuando ya sacerdote, fundador y escritor, tendrá luchas titánicas que amenazarán su persona y su obra... recordará esta entrega y promesa: «Seré, soy, siempre y todo de Jesús». La fidelidad a esta promesa lo hizo santo.



«¿Lo quiere Dios?»

Ya hemos recordado que Enrique fue siempre por su juicio y bien obrar, mayor de lo que correspondía por sus años. Antes de obrar pensaba lo que iba a hacer y, una vez vistos los pros y los contras, si veía que era la voluntad de Dios ponía manos a la obra y no había dificultad que le arredrara ante su cometido. Antes de obrar solía preguntarse:

—«¿Lo quiere Dios? ¿Lo quiere Jesús?»

Para llevar adelante sus propósitos, que eran los querer del Señor, procuraba vivir la virtud de la fortaleza. Mucho hubo de ejercitarse en ella a lo largo de toda su vida.

Un profundo conocedor de la vida de nuestro santo ha podido escribir que San Enrique «sufrió mucho en su vida porque fue un apóstol».

El día 16 de junio el papa Juan Pablo II recordaba esta verdad cuando decía a las decenas de millares que le acompañaban en la Plaza de Colón de Madrid: «Su espíritu está marcado por la centralidad de la persona de Jesucristo: Pensar, sentir, amar como Cristo Jesús; obrar, conversar y hablar como Él; conformar, en una palabra, toda nuestra vida con la de Cristo Jesús es nuestra ocupación esencial».

Bien podía añadir el mismo pontífice en esta ocasión: «Testigo de luz divina fue el beato Enrique de Ossó y Cervelló, a quien la Iglesia eleva hoy a la gloria de la santidad y lo propone como modelo al pueblo cristiano. La Iglesia universal se alegra y se goza con este hijo suyo que, fiel a la llamada de Dios, entendió que la aportación primera y fundamental de la edificación de la misma Iglesia en cuanto comunión de los santos era su propia santidad. La semilla de santidad que recibió en el bautismo, maduró, dio frutos y fue devuelto a la Iglesia enriquecida con su propio carisma».

El secreto de la santidad de San Enrique no hay duda de que hay que buscarlo en su fiel cumplimiento de la voluntad de Dios.



La fuerza de su sacerdocio

Él quería ser maestro. Su padre lo veía ya como un perfecto comerciante y su santa madre pedía para él el don del sacerdocio. Las madres siempre tienen razón y las madres siempre consiguen lo que desean.

No le vio sacerdote ni camino del sacerdocio pero su santa muerte fue el móvil que empujó a Enrique a cambiar de ruta.

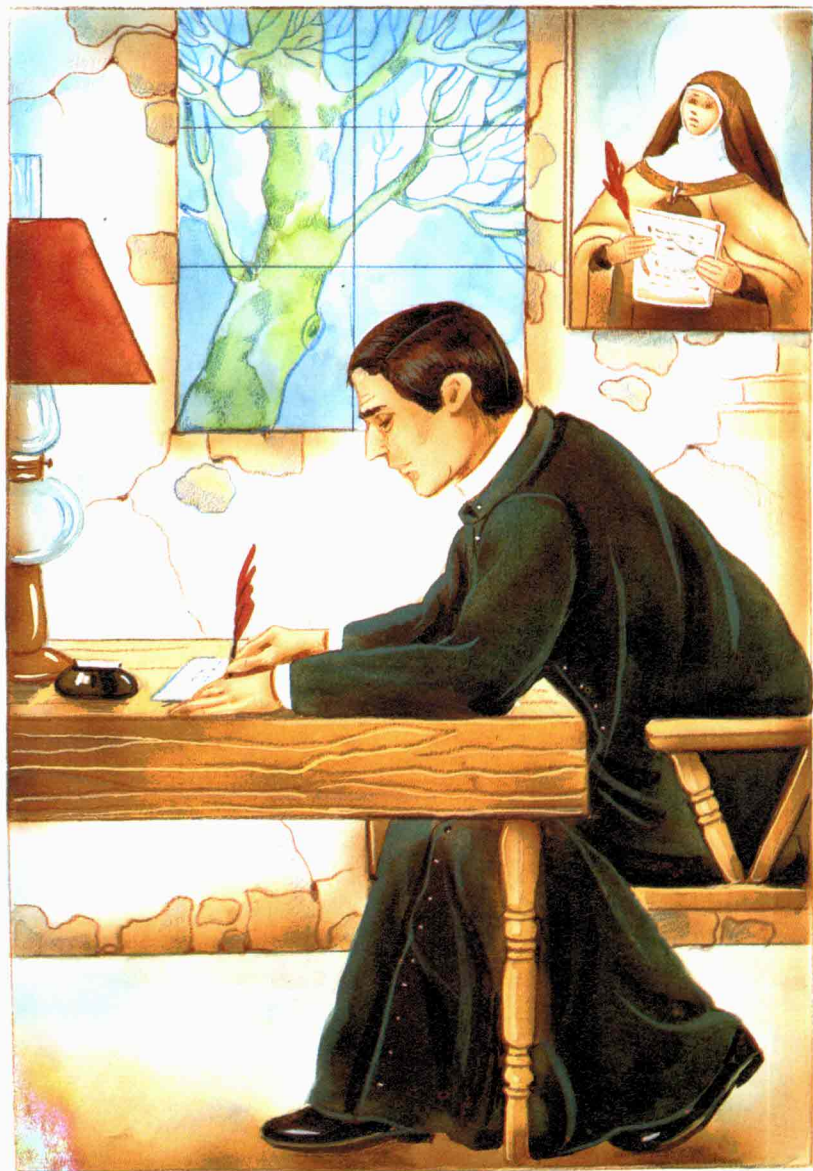
El 27 de septiembre de 1866, a sus 26 años bien granados era ordenado sacerdote del Señor. Desde esta día se sentiría muy realizado y muy gozoso con este «regalo» del Señor.

Dicen que para demostrar lo feliz que se sentía con su sacerdocio solía decir en su lengua nativa: —«Doy gracias a dios por mis tres “ces”: Soc cristià, soc català, soc capellà».

De su primera misa, celebrada el 6 de octubre ante el altar de la Virgen de Montserrat escribió unas notas muy interesantes. Unía el recuerdo de las dos madres: María Inmaculada y mamá Micaela:

—«Sólo un vacío notaba: la presencia visible, corporal, de mi buena madre de este mundo. Pero, ¿qué importa?... Allí estaba presente... allí estaban presentes mis buenas madres, María Inmaculada y Micaela...».

Bien supo sintetizar lo que fue el sacerdocio para nuestro Santo el papa Juan Pablo II en el memorable día de su canonización en Madrid: «El amor a Jesucristo le condujo al sacerdocio y en su ministerio sacerdotal Enrique de Ossó encontró la clave para vivir su identificación con Cristo y su celo apostólico. Como «buen soldado de Cristo Jesús» (2 Tim. 2,3) tomó parte en los trabajos del evangelio y encontró fuerzas en la gracia divina para comunicar a los demás la sabiduría que había recibido. Su vida fue en todo momento, contacto íntimo con Jesús, abnegación y sacrificio, generosa entrega apostólica».



Su santa predilecta

Alguien ha dicho que después de la Virgen María no hay una mujer más grande que Teresa de Jesús. De ella se han hecho los más grandes elogios como Mujer, como Escritora, como Mística, como Santa Universal... El mismo papa actual la venera como su mejor maestra juntamente con otro carmelita San Juan de la Cruz. Pablo VI al proclamarla como la primera mujer Doctora de la Iglesia el 27 de septiembre de 1970 hizo también de ella los más bellos elogios.

Nuestro nuevo santo llegó a calar en su persona y en sus escritos y la tomó como referencia para todas sus grandes obras que realizó a lo largo de toda su vida. Pocas personas habrán llegado a tener un conocimiento tan profundo, y, sobre todo, pocas se han aprovechado de la doctrina y vida de la gran santa carmelita como San Enrique.

El papa Juan Pablo II lo reconocía en varios momentos de su preciosa homilía del 16 de junio de 1993 al canonizar a San Enrique. Decía: «De la mano de Teresa de Jesús, Enrique de Ossó entiende que el amor de Cristo tiene que ser el centro de su obra. Un amor a Cristo que cautive y arrebate a los hombres ganándolos para el evangelio». Y hablando de sus grandes amores después de señalar el amor a Cristo y a María, añadía: «así como una admiración por el valor educativo de la persona y de la obra de santa Teresa de Jesús».

Tomando como modelo a la santa escribió varios libros para extender su doctrina y fundó diversas instituciones para niños, jóvenes y mayores con el espíritu de la santa Doctora y hasta con su mismo nombre.

Queremos recordar aquí que la EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO (Recaredo, 44. 41003 - SEVILLA) para fomentar el conocimiento de esta sublime doctrina de la Santa de Ávila tiene editadas sus obras a unos precios sumamente asequibles a todas las economías.



La compañía de Santa Teresa

El fuego de amor a Jesucristo y a María ardía en el gran corazón de Don Enrique y no sabía cómo darlo a los demás. Él hizo suyo el dicho de Jesús recordado por San Mateo: «Da gratis, lo que has recibido gratis» (10,8).

Visto ahora a distancia de los hechos casi parece imposible cómo pudo realizar tantas y tan grandes obras de toda clase de apostolados. Refiriéndonos tan sólo a los de fundaciones habrá que recordar:

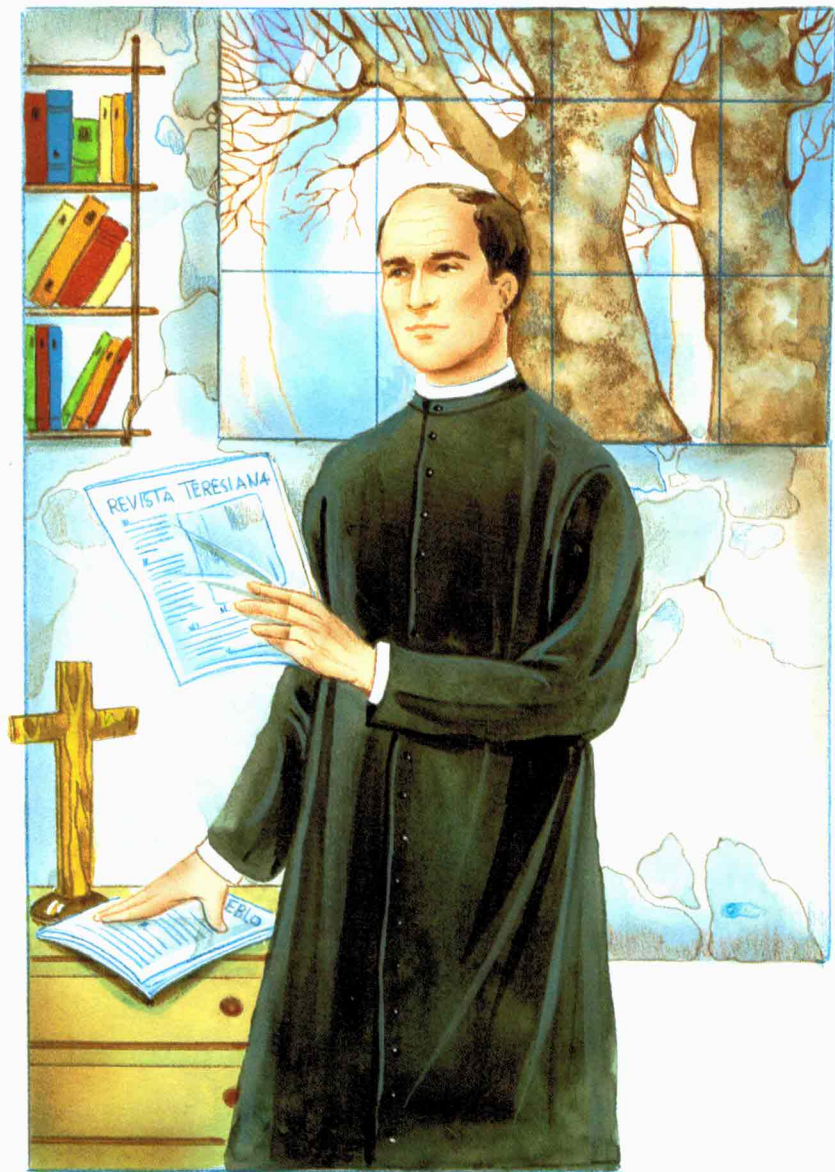
—*Para niños*: «Rebañitos del Niño Jesús», que hoy son los «Amigos de Jesús».

—*Para jóvenes*: «Archicofradía de María Inmaculada y Teresa de Jesús», hoy «Movimiento Teresiano de Apostolado».

—*Para los mayores*: «Hermandad Josefina», «Hermandad Teresiana». Y otras muchas.

Su obra fue, sin duda alguna, la COMPAÑÍA DE SANTA TERESA DE JESÚS o Teresianas como las conocemos vulgarmente. D. Enrique conocía bien el corazón de la mujer y la gran influencia que tiene en la marcha del mundo. Decía: «El mundo ha sido siempre lo que le han hecho las mujeres. Un mundo hecho por vosotras, formadas según el modelo de la Virgen María con las enseñanzas de Teresa». Él sabía muy bien la gran importancia de la catequesis y lo necesitada que estaba su época —y todas— de esta sana y evangélica catequesis. Nadie mejor para impartirla que las mujeres religiosas y éstas bien preparadas. Así, pues, «para extender el conocimiento y amor de Cristo por la educación», fundó esta Congregación nueva en la Iglesia que hoy se halla extendida por tres continentes: en Europa, África y América.

El papa Juan Pablo II recordaba el día de su canonización que el Señor quiso perpetuar su carisma por medio de la obra principal suya: la *Compañía de Santa Teresa de Jesús* que tiene como fin «conocer y amar a Cristo y así hacer que sea conocido y amado por los demás».



Apostolado de la prensa

Alguien ha dicho que si San Pablo viviera hoy sería periodista. Los medios de comunicación social son los que gobiernan el mundo.

Maravillas se han cantado del libro. Un libro es un sermón permanente. Las palabras vuelan, podemos parafrasear, pero los escritos permanecen...

De todo esto estaba convencido San Enrique y por ello —y por que el Señor le dotó de esta cualidad— se dedicó de lleno al apostolado de la pluma.

Para él escribir era dar clases de catecismo. Fue un gran pedagogo y celoso alentador de la catequesis a todos los niveles, sobre todo de los niños y jóvenes. Para perpetuar su obra de catequesis instituyó una Congregación que se dedica, preferentemente a la enseñanza de los valores cristianos.

Fundó revistas y las dirigió durante muchos años llevando el peso de casi todos sus artículos: «El amigo del pueblo», «Revista Teresiana»... Publicó varios libros que se extendieron pronto por toda España y aún fuera: «El cuarto de hora de oración», del que se han hecho más de cincuenta ediciones y ha llegado a todos los rincones de España. «El tesoro de la juventud», «Guía del catequista», «Viva Jesús», etc...

Aún hoy son muy apreciados sus escritos y continúan reeditándose y leyéndose con gran fruición.

La Editorial «APOSTOLADO MARIANO» que radica en Sevilla (Recaredo, 44), ha cargado también sobre sus hombros esta «gran misión apostólica», como lo hiciera en el siglo pasado nuestro santo Enrique. Edita cantidad enorme de libros religiosos para jóvenes y mayores a unos precios muy asequibles pues es consciente del gran bien que hace la «prensa cristiana».



«Callad, orad, esperad»

Muchas fueron las virtudes que germinaron en el huerto del alma de nuestro San Enrique pero no hay duda que una de las que más fue la fe. Tuvo necesidad de ejercitarla en muchas ocasiones a lo largo de toda su vida. A imitación de María y de Pablo, «se fió de Dios» y pronunció continuamente su «fiat».

Su gran Santa solía decir que el Señor tenía pocos amigos porque los probaba tan duramente. El camino por el que anduvo siempre San Enrique no estuvo ciertamente sembrado de flores.

La injusticia se cebó en su persona, fruto de la envidia, y hubo de verse en tribunales civiles y eclesiásticos. Apesar de ello y de las calumnias más vergonzantes, nunca desfalleció ni perdió la confianza en el Señor. Para salir airoso de tan descarnada lucha se agarraba a las tres virtudes teologales que procuraba practicar en todos sus actos.

Humanamente hablando tenía más que motivos para sublevarse y escribir contra los eclesiásticos que le atacaron, calumniaron y abandonaron y también contra otras injusticias, pero jamás le oyó nadie murmurar ni criticar. Eso sí, defender la verdad y la justicia lo hizo con una valentía que parecía imposible que tuviera arreos para tanto.

Vino ya a hacerse tradicional entre los miembros de la Compañía de Santa Teresa su frase: «Esperad y veréis grandes cosas» a este otro que vino a ser su lema predilecto: «Callad, esperad, orad». Tres imperativos que si los tuviéramos siempre presentes nos harían un gran bien.

« Él, a imitación del Divino Maestro, era más de obras que de palabras (Hechos 1). Quien conozca, aunque sea por encima su agitada vida pronto entenderá que no podría llevar adelante su obra si no hubiera vivido en profundidad este triple lema: La *oración* intensa que vivía era su sostén y la que le daba fuerzas para *callar* ante tanto atropello.



«Quien quiera ser mi discípulo que cargue con su cruz»

El Señor no se andaba con remilgos y palabras acarameladas. Los que querían seguirle ya sabían lo que les esperaba: Cargar con su cruz, llevarla noche y día pues en San Lucas añadirá «cada día», no solamente cuando somos jóvenes o ancianos.

Esta herencia la recibió y a ella se abrazó con cariño nuestro santo. Su vida no fue sembrada de rosas. Desde niño cargó con la cruz que no le abandonará hasta su muerte.

Le visitó la tribulación a lo largo de todos los años de su sacerdocio y más aún como fundador. Pero dos fueron, sobre todo, los momentos más dolorosos de su vida, en especial por venir de los suyos, de quienes menos lo esperaba. Pero él tenía bien presentes las palabras del Maestro: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere no puede dar fruto» (Jn. 12,24).

Todos los santos, y más aún si éstos han sido fundadores, han bebido el cáliz bien acibarado de la calumnia y de la persecución. Nuestro santo también. Se llegó a desconfiar de él. A sospechar de él. El personal que dirigía su obra no estaba capacitado para esta misión y de ahí venían las incomprendiones.

¿Qué hará el santo fundador? Lo medita seriamente y con detención. Ve que lo mejor, aunque sea lo más doloroso para él, es alejarse, retirarse. No lo hace por cobardía que nunca la conoció sino como un «holocausto» que le ofrece al Padre como su Hijo lo hizo en la Cruz.

Aquella semilla que fue muriendo a lo largo de toda su vida, sobre todo desde que fundó su obra, estaba a punto de dar fruto según la parábola del sembrador... ¿De dónde sacaba fuerzas para tanto heroísmo?

—De su amor a Jesucristo, a María y de su profunda oración e inmolación.

«Te pido, Señor, morir de amor divino»

Siempre fue muy amante de la virtud y voto de pobreza. A imitación de San Juan de la Cruz quería para la hora de la muerte morir donde no fuera estimado y pobre... Así le pedía al Señor:

—«¡Oh Señor, te pido no tener nada a la hora de la muerte! Sólo quiero morir de amor divino». Y el Señor se lo concedió.

Igual que al Doctor Místico el Señor le concedió cuanto le pedía.

Se había retirado a vivir unos días de ejercicios espirituales al convento franciscano del Santo Espíritu de Gilet (Valencia). Estaba retirado y absorto en Dios cuando vino a visitarle repentinamente para llevárselo con Él. Era la noche del 27 de enero de 1896. Tenía 55 años nada más.

Bien cumplidos estaban sus deseos: Muerte de amor divino, pues por él ha sacrificado cuanto era y cuanto tenía... y muerte sin tener nada, ni siquiera a una de sus hijas de la Compañía...

En 1979 el papa Juan Pablo II lo inscribía entre los Beatos y catorce años después, el 16 de junio de 1993, el mismo papa lo canonizaba en una solemnísimas fiesta difícilmente superable. Más de un millón de fieles le acompañaban en aquella tórrida tarde en la Plaza de Colón de Madrid. El papa decía: «Hoy es un gran día para la Iglesia en todo el mundo pero en España en primer lugar».

El papa tan sólo hacía reconocer la vida de total entrega a Jesucristo y a sus hermanos de este hombre que hoy proponía como modelo para todos. Decía el papa: «La santidad de los cristianos debe manifestarse en el testimonio de la propia fe, en la caridad sin límites, en el amor vivido y ejercido en las actividades de cada día».

